



SANTUARIO
— DE —
SOMBRA S

A U R O R A A S C H E R

 Planeta

Título original: *Sanctuary of the Shadow*

© 2024 por Aurora Ascher.

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria, y Alliance Rights Agency, LLC. SL Todos los derechos reservados.

Ilustraciones de interiores: Freepik

Traducido por: Mariana Hernández Cruz

Diseño de portada: Bree Archer

Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado

Imágenes de portada: © Depositphotos

Fotografía de la autora: Sergio Verane

Lettering en español: David López García

Diseño del mapa interior: Heidi Pettie

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2024

ISBN Obra Completa: 978-607-39-1790-2

ISBN Volumen: 978-607-39-1791-9

Primera edición impresa en México: agosto de 2024

ISBN Obra Completa: 978-607-39-1860-2

ISBN Volumen: 978-607-39-1861-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*



CAPÍTULO UNO

Harrow avanzaba velozmente por el estrecho sendero que se formaba entre las coloridas caravanas. Se llevó una mano al pecho y arrugó con los dedos la tela de su cálida capa, sintiendo que el corazón se le aceleraba bajo el puño. Se obligó a seguir caminando, aunque en realidad quería correr.

Por todo el circo, voces amistosas alegraban la mañana. Los trabajadores ya estaban montando la carpa, clavando las estacas en la tierra con sus pesados mazos. Alrededor del bullicioso terreno y la circundante ciudad de Beirstad, las montañas nevadas enmarcaban el cielo despejado. Aunque el aire era fresco, los rayos del sol brindaban un calor agradable.

Sin embargo, Harrow permanecía envuelta en su capa. Por dentro, la sangre corría helada por sus venas.

En solo unos días el montaje estaría completo, y El Increíble Circo de los Elementales de Salizar cobraría vida con toda su extravagancia. Las luces encantadas iluminarían la carpa principal y brillarían a lo largo de las filas de caravanas y tiendas donde esperarían ocultas misteriosas atracciones, incluyendo la caravana de adivinación de Harrow. Los humanos acudirían en masa a mirar y disfrutar, y Salizar se aseguraría de exprimirles hasta la última moneda.

En cuanto Harrow vio su destino frente a ella, apretó el paso.

Afuera de una caravana roja y azul una mujer de piel color medianoche y largas trenzas tomaba el sol recostada en una silla, con una apacible sonrisa en el rostro. Oyó que Harrow se acercaba antes de que pudiera anunciarse, y abrió de golpe los ojos ambarinos.

—¡Buenos días, Harrow! —exclamó, extendiendo los brazos. Tenía los músculos tonificados por años de entrenamiento. «La extraordinaria Malaikah» había trabajado más duro que nadie para ganarse su puesto como la acróbata estrella del espectáculo—. Qué bonito está el sol, ¿verdad? Pensaba que en el norte siempre hacía frío, pero... —Se interrumpió y su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué pasa?

Harrow y Malaikah habían sido amigas íntimas durante décadas, y a Harrow no le sorprendió que Malaikah hubiera percibido que le pasaba algo malo con una sola mirada.

—Me desperté con un terrible presentimiento, Mal —dijo Harrow sin preámbulos—, y creo que se avecinan problemas. Pero cuando hice mi ritual para predecir el futuro, no vi ninguno...

Malaikah se levantó de repente, mirando a su alrededor para comprobar que estaban solas.

—¿Por qué no hablamos adentro?

Si Harrow hubiera estado pensando con claridad, habría sugerido lo mismo antes de empezar a hablar. Sabía que no debía expresarse abiertamente acerca de sus dones donde corriera el riesgo de que la escucharan. No podía permitirse que se le escapara algo sobre su verdadera naturaleza.

Con gentileza, Mal la condujo hacia la estrecha puerta de su caravana. Adentro había una cama con cortinas en un extremo, una pequeña estufa de leña, una barra, y un ropero lleno de trajes brillantes. Se sentaron frente a la pequeña mesa del lado opuesto de la estufa.

—Cuéntame qué pasa —dijo Mal cuando se acomodaron, moviendo la cola con sutil tensión. Malaikah era un híbrido de pantera negra, una de las especies de los elementales de la reina de la tierra. Como todos los híbridos, mostraba en su aspecto y habilidades ciertos rasgos de su animal; en el caso de Mal, una cola fibrosa, orejas felinas y colmillos afilados.

Harrow se retorció las manos sobre la mesa que tenía delante.

—Desde que me desperté esta mañana tengo la sensación de que algo se acerca, pero no puedo descifrar qué, más allá de una sensación general de temor. Siento que hay alguien que necesita mi ayuda, y que si no la recibe algo terrible ocurrirá. Pero no sé quién es ni cómo encontrarlo.

Malaikah frunció el ceño.

—¿El Agua es la que te lo dice?

—Siempre es el Agua. —El Agua era el elemento fuente de todas sus visiones y premoniciones. Ella era el conducto a través del cual la poderosa fuerza expresaba su sabiduría—. Hice mi ritual matutino para predecir el futuro —continuó Harrow—, pero no me dio ninguna respuesta. Lo único que vi cuando miré en el cuenco de agua fue la imagen de unas llamas, y luego tal vez un tipo de sombra atravesando una luna llena. Nada de eso tiene sentido para mí.

—Ya. —Mal se recargó en su asiento—. Lo de la luna tampoco me dice nada, pero gracias a la reina Furie, creo que todos le tenemos un miedo saludable a todo lo relacionado con el fuego.

—No puedo desprenderme de la sensación de que debería estar haciendo algo. Tal vez tenga que buscar a alguien. Pero ¿dónde? —Harrow se pasó las manos por la melena de pelo rizado con un gesto de frustración—. O quizá lo esté malinterpretando y en realidad es una advertencia de que el circo está en peligro. No lo sé.

—Si crees que es una señal de peligro, deberíamos tomarlo en serio. ¿Quizá deberías decírselo a Salizar?

—¿Por qué iba a creerme? —Pasó el dedo por el borde de la banda para el cabello que usaba todos los días para ocultar sus orejas puntiagudas—. Él cree que soy humana. Va a querer saber por qué creo que hay una amenaza, pues no tiene motivos para confiar en mis instintos. Si intento convencerlo, solo le daré más motivos para sospechar qué soy.

—Ya te lo dije mil veces, yo creo que Salizar ya lo sabe. ¿Por qué te habría acogido si no lo supiera?

—Porque era una huérfana de diez años que había presenciado una masacre. Humana o elemental, era solo una niña. También ayudó a Loren, ¿no?

Harrow no quería que Salizar supiera quién era. A él no se le escapaban muchas cosas, pero para ella era importante tener el control de su secreto. Y además no quería que la gente le preguntara qué recordaba de aquella noche, sobre todo porque no recordaba nada en absoluto.

Bueno, casi nada. «Sangre en sus manos. Un cuerpo tibio enfriándose a su lado». Pero no era el momento de desenterrar ese viejo dolor.

—De todas formas, ahora mismo no importa —dijo, agitando una mano—. Se avecina algo malo y no sé qué hacer al respecto.

Malaikah se levantó con decisión, con la postura tensa. Entre el tumulto de emociones, Harrow sintió una punzada de arrepentimiento por haber puesto nerviosa a su amiga solo unos días antes de la noche del estreno.

—Si realmente hay un peligro, tenemos que avisarle a la gente —dijo Mal—. ¿Qué tal si yo voy a hablar con Salizar por ti? Le diré que tengo razones para creer que hay...

De repente se interrumpió y se puso rígida. Volteó hacia la ventana abierta sobre la cama, inclinó la cabeza y agitó las orejas.

—¿Qué pasa? —susurró Harrow. Como híbrido, el oído de Malaikah era mucho mejor que el suyo, pero Harrow tenía la terrible sospecha de que ya sabía lo que Mal iba a responder.

—Creo que podría ser demasiado tarde para las advertencias. Hay algún tipo de conmoción en la puerta principal. Oigo gritos.

Harrow se levantó de un salto, el miedo le recorrió todo el cuerpo.

—¡Vamos!

Las dos salieron rápidamente. En el exterior, Harrow pudo oír voces lejanas y furiosas. Así que corrieron hacia la fuente del ruido. Se recogió las faldas e intentó igualar el rápido paso de Malaikah, pero le era imposible seguir el ritmo de un híbrido de pantera corriendo a toda velocidad.

Cerca de la entrada había unos vagones de carga con tiendas enrolladas y material de construcción listo para ser instalado. Junto a las altas puertas, la taquilla estaba a medio construir, las paredes de colores ya estaban montadas, pero sin el techo. Cuando Harrow pasó junto al último vagón y finalmente alcanzó a Mal, se detuvo. Quedaron frente al alto arco sobre las puertas de hierro forjado del circo.

Y ante la turba de humanos furiosos que se había reunido afuera.

La muchedumbre, de unas cincuenta personas, parecía estar compuesta por ciudadanos comunes de la ciudad, no iban ataviados con las galas de los ricos ni vestidos con los harapos de los mendigos. Los hombres y las mujeres llevaban antorchas y armas que azotaban contra los barrotes con un estruendo metálico.

El candado y la cadena que mantenía las puertas cerradas les parecieron de repente una defensa lamentable. Sobre todo porque un hombre corpulento agitaba una pesada hacha al frente de la multitud.

—¡Escoria elemental! —gritó alguien al ver a Harrow y Malaikah. Bajo el radiante sol de la mañana, la exhibición de furia resultaba incongruente—. ¡Sirvientes de las putas reinas! ¡Los de su clase no son bienvenidos aquí!

Harrow no dudaba que se abrirían paso si se les permitía. La furia en sus rostros dejaba clara su determinación de infligir violencia contra los desamparados elegidos de la reina.

Su odio era tan erróneo como ignorante. Tanto los humanos como los elementales habían pagado el precio de las interminables disputas entre las reinas. Harrow sabía mejor que nadie lo alto que podía llegar a ser el precio de la guerra.

—¡Vuelvan por donde vinieron! —gritó otro hombre que golpeó con fuerza los barrotes para enfatizar sus palabras.

—¿Adónde quieres que vayamos? —gritó Malaikah, intrépida. Mostró sus afilados colmillos blancos—. ¡Vinimos de aquí, igual que ustedes! —Volteó hacia Harrow y añadió—: No puede ser. ¿Sirvientes de las reinas? ¿Qué clase de lógica es esa? Por si estos tontos no se han dado cuenta, a las reinas ya no les importamos un demonio.

Siguiendo su intuición, Harrow agarró a Mal de la mano y la jaló hacia atrás para cubrirse detrás del vagón de carga.

—Esta gente no tiene lógica, Mal. No intentes razonar con ellos. Solo los enfurecerás más.

—Oh, creo que ya están bastante furiosos.

Como para reafirmar su argumento, una descarga de piedras voló sobre las puertas, acompañada de más insultos. Mientras tanto, seguía escuchándose el ruido metálico del hacha al golpear la cadena.

—Maldita sea. —Malaikah miró del otro lado del vagón y señaló—. Mira. Oli está atrapado en la taquilla.

Harrow se inclinó y siguió su dedo. Tardó un momento en ver al híbrido de zorro escondido en un rincón de la estructura

a medio terminar, un destello de su lustroso pelo rojo era apenas visible a través de la ventana.

—Por la Diosa, ¿qué hace ahí? —siseó Mal—. ¿Por qué no huye?

La taquilla estaba pegada a la reja y a poca distancia de los humanos si alcanzaban a atravesar los barrotes. Sin embargo, estaba por dentro del terreno y la puerta abierta daba la espalda a la multitud, lo que significaba que Oli podía escapar si se movía con rapidez.

—Están tirando piedras. —Harrow se agachó cuando una salió volando sobre el vagón. Desde luego, no le gustaría salir corriendo de un escondite seguro directamente bajo la línea de fuego de una turba enfurecida.

—Es un zorro —dijo Mal—. Es más rápido que todos ellos juntos.

—Tal vez tiene demasiado miedo para correr. —De todos los elementales, los híbridos eran los más fuertes físicamente, pero Oli no era un guerrero, y parecía probable que tan solo estuviera paralizado de miedo.

—¡Oli está ahí adentro! —gritó alguien, y Harrow miró hacia atrás. Detrás de otro vagón, varios trabajadores del circo se habían reunido para contemplar el espectáculo.

—¡Oli, corre! —gritó otro.

—¡Cállense! —siseó Mal, pero, por desgracia, la advertencia llegó demasiado tarde. Algunos de los humanos oyeron y se dieron cuenta de la ubicación de su compañero atrapado. Metieron las armas a través de los barrotes para golpear los lados de la taquilla. Otros lanzaron más piedras. Oli palideció y se aplastó contra la pared como si intentara desaparecer.

Mientras Harrow observaba, el Agua surgió de repente en su interior, turbulenta e insistente.

—Mal —dijo, luchando contra el repentino ataque de magia

en respuesta a la amenaza—. Tenemos que sacar a Oli de ahí ahora mismo. —Cerró los ojos y tomó aire, deseando que el Agua se calmara. Oli necesitaba ayuda, pero no podía permitirse liberar sus defensas, no ahí, en medio del circo, enfrente de una horda de humanos.

Recuperando un poco el control, abrió los ojos de nuevo y se preparó para correr hacia el tumulto. Quizá no fuera capaz de usar sus habilidades, pero eso no significaba que no fuera a ayudar.

Entonces notó el espacio vacío a su lado donde antes había estado Mal.

Levantó la vista justo a tiempo para ver que una sombra se acercaba a la puerta de la taquilla. Un segundo después, Malaikah apareció en el interior de la construcción.

Harrow se inclinó por un costado del vagón de carga para ver mejor, aferrando la madera con los dedos. Observó con la respiración contenida cómo Mal hablaba con Oli, tranquilizándolo, a la vez que clavaba sus garras en cualquier arma que se acercara.

El Agua surgió de nuevo, y esta vez Harrow la obedeció.

—¡Corre, Mal! —gritó.

Malaikah miró hacia atrás a través de la ventana.

—¡Corre, ahora!

Malaikah tomó a Oli de la mano y, finalmente, empezaron a moverse. En ese mismo momento alguien lanzó una antorcha que atravesó el aire y cayó por el techo abierto de la estructura. Apenas habían cruzado la puerta cuando impactó en el suelo, derramando combustible y fuego. De inmediato, la madera vieja y seca ardió en llamas. Cuando Oli y Malaikah llegaron al lado de Harrow, la taquilla ya estaba envuelta en llamas.

Se tiraron al suelo, con la espalda contra las ruedas del vagón de carga.

—Estuvo demasiado cerca —jadeó Malaikah, pero parecía eufórica, sus ojos ámbar brillaban con la emoción de la batalla. En cambio, el pobre Oli parecía conmocionado.

En ese momento llegó Salizar.

—Gracias a la dulce Diosa madre —susurró Oli, apretándose las mejillas con las palmas de las manos.

El intimidante director del circo se acercaba a las puertas con su silueta impresionante. Alto y portentoso, sostenía en alto su bastón encantado y su largo abrigo ondeaba detrás de él. A medida que se acercaba a la multitud a rápidas zancadas, los furiosos humanos parecían perder parte de su audacia.

Parecía que a Salizar le precedía su reputación, pero no era una sorpresa. Era casi tan oscuramente famoso como su circo.

Cuando llegó a las puertas, no se molestó en dirigirse a nadie. En su lugar, levantó el bastón y apuntó hacia los barrotes de hierro.

Unos rayos plateados salieron de la punta del arma hacia el metal, bajaron por los travesaños que unían los barrotes y salieron disparados hacia arriba. La corriente alcanzó a quienes los estaban tocando, y se oyeron gritos mientras la multitud retrocedía.

Como última advertencia, Salizar volvió a disparar, pero esta vez apuntó al hombre del hacha que había intentado romper la cadena. Un rayo recorrió su cuerpo, y el humano cayó como una piedra. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Una vez recibido el mensaje, la multitud comenzó a retroceder. Bajaron sus armas y sus estridentes gritos se desvanecieron hasta que el único sonido que quedó fue el crepitar de la madera quemada. Salizar dio un paso atrás y se produjo una tensa pausa, mientras que el maestro de ceremonias desafiaba a la muchedumbre a acercarse, y los humanos debatían si debían atacar de nuevo.

Al final, por supuesto, se rindieron, retrocediendo por el camino, gritando amenazas e insultos para apaciguar su orgullo herido. El hombre del hacha, inconsciente, tuvo que ser arrastrado por el resto del grupo, con los brazos y las piernas suspendidos mientras su torso colgaba como un saco de granos.

Salizar dio la espalda a los humanos y se acercó a los miembros de su circo.

—Fue increíble, señor —susurró Oli, aún desplomado contra la rueda del vagón y con aspecto de estar completamente agotado.

El maestro de ceremonias los miró a él y a Malaikah.

—¿Están bien?

—Estamos bien —dijo Mal, sonriendo. Volvía a estar de pie, como si estuviera considerando perseguir a sus agresores en fuga—. En especial después de ver a esos humanos dispersarse como pollos asustados.

Salizar se dirigió a los demás.

—Empiecen a recoger. Nos vamos. Corran la voz a los demás.

Hubo un momento de silencio atónito y sus sonrisas victoriosas se desvanecieron.

—Pero, señor —dijo Oli—, acabamos de llegar.

—Y ya nos vamos —replicó Salizar—. Me niego a actuar en una ciudad que no se molestó en asegurarse de que tuviéramos una bienvenida segura después de invitarnos, y no me arriesgaré a que uno de esos humanos traspase las puertas y sea una amenaza durante un espectáculo. Así que ve a empacar. Nos vamos a Allegra mañana a primera hora.

Tras este pronunciamiento, partió por el carril central, dejando la taquilla todavía ardiendo a sus espaldas. A su paso siguieron gemidos y murmullos de incredulidad, pero nadie protestó su decisión.

Harrow casi no podía creer que estuvieran a punto de dar media vuelta y marcharse después de haber viajado semanas para llegar hasta ahí, pero también sabía que Salizar se tomaba muy en serio la seguridad del circo. Odiaba la idea de que Malaikah corriera peligro debido al público mientras actuaba. ¿Y si alguien le arrojaba algo mientras se balanceaba en el trapecio? Una caída desde esa altura podía significar lesiones graves o incluso la muerte.

Pronto los demás se dispersaron para cumplir sus órdenes, deshaciendo el trabajo que acababan de empezar, mientras que un par de personas se quedaron para apagar el fuego de la taquilla. Malaikah se ofreció a acompañar a Harrow hasta su caravana, y ella agradeció la compañía, aunque seguía sintiéndose inquieta.

—Es asombroso cómo lo haces —dijo Mal mientras caminaban, procurando mantener la voz baja—. Creo que nunca me acostumbraré. Dijiste que viste fuego en tu visión, y me dijiste que sentías que había alguien que necesitaba tu ayuda. Bueno, obviamente era Oli. Si no hubiéramos aparecido cuando lo hicimos... me estremezco al pensar lo que podría haber pasado.

Se detuvieron frente a la caravana de Harrow. Ella forzó una sonrisa.

—Fue una fortuna, eso seguro.

—No fue suerte, y lo sabes —dijo Mal, dándole un suave codazo.

Harrow lo sabía. Pero por alguna razón no compartía la sensación de alivio de Malaikah.

Se despidieron prometiendo verse en la próxima comida y Harrow se escabulló por la entrada de tela de su caravana de adivinación. Un toldo se extendía desde la parte trasera de su caravana sobre la estrecha puerta, y de los bordes colgaban telas con estampados brillantes que servían como paredes.

Sin embargo, el resto del pabellón aún estaba por montarse. Al menos no tendría que guardar nada más. Cruzó el espacio vacío y entró directamente en la caravana, cerrando la puerta y apoyándose en ella.

Cerró los ojos, respiró hondo y, finalmente, liberó la energía que había estado conteniendo.

Un campo de fuerza invisible pulsó hacia el exterior, haciendo vibrar los objetos de su pequeña casa y condensándose en las paredes y ventanas. Ahí, en secreto, podía entregarse al Agua. Afuera no. No delante de todos.

Cuando pasó la ola, abrió los ojos y miró a su alrededor. La linterna de la noche anterior estaba encima de la mesa. La visión de la mecha ennegrecida y muerta le produjo otro extraño escalofrío.

Malaikah tenía razón, se dijo. El fuego de la taquilla coincidía con el que había visto mientras predecía el futuro. Y la extraña sombra... Bueno, Mal moviéndose con la rapidez de una pantera sin duda era como una sombra.

«Pero en tu visión la sombra era fluida», susurró su mente. «No era una forma sólida».

Sacudió la cabeza, negándose a escuchar las dudas. Oli sí había necesitado su ayuda. Si no hubieran estado ahí, podría haber resultado gravemente herido. La conexión era obvia.

Era pleno día, pero solo se colaban unos pocos rayos de luz por las rendijas entre las cortinas de la ventana. De repente, la oscuridad la inquietó. En la oscuridad acechaba lo desconocido. La oscuridad era el nacimiento de cambios inoportunos.

Se agachó y buscó en el suelo el lugar donde la noche anterior se le había caído la caja de cerillos. La encontró debajo de la mesa, la recogió, prendió un cerillo y volvió a encender la linterna.

Se paró junto a la mesa y miró la diminuta llama parpa-

deante. Emitía un reconfortante resplandor anaranjado que le proporcionó cierto alivio. Una luz en medio de la oscuridad.

Habían sorteado el peligro. Habían rescatado a alguien necesitado, Salizar había ahuyentado a la turba y ahora abandonaban Beirstad por completo. Entonces, ¿por qué seguía teniendo la misma sensación de terror? ¿Por qué le seguía doliendo el corazón y tenía helada la sangre?

¿Por qué sentía que una sombra se cernía sobre ella?